

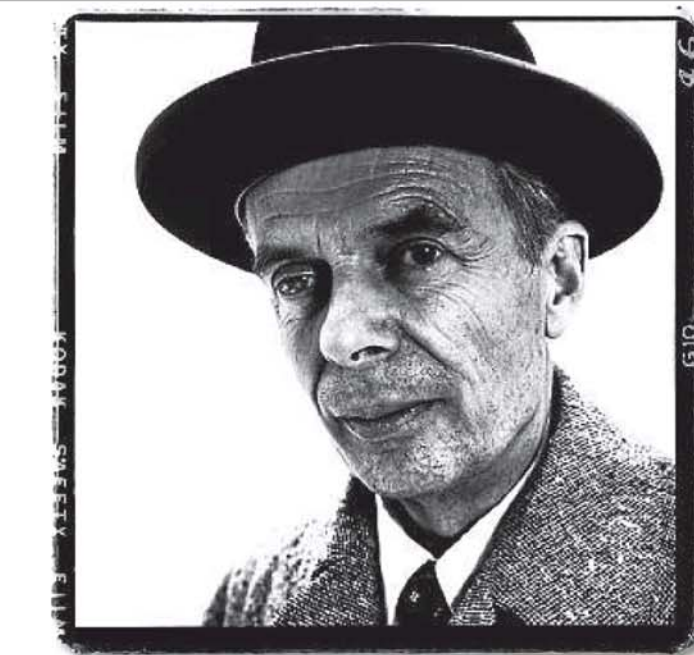
Es bien sabido que Aldous Huxley fue un viajero empedernido: su biografía parece una carrera de países y ciudades en busca de quién sabe qué, quizá solo del movimiento, de la sensación de estar vivo. Pero quizá no todo el mundo sepa que este mismo Huxley tan inquieto, tan enciclopédico y brillante, fue también, al menos durante sus últimos años, un estudioso de la mística. En *Los escándalos de Crome* (Ediciones del Viento), su primera y exitosa novela, despunta ya, tímida pero elocuentemente, este interés.

Esta narración puede leerse como las conversaciones más o menos frívolas -aunque desde luego cultísimas- de un grupo de jóvenes de élite educados para el esplendor. Lo que unos y otros se dicen es ciertamente frívolo; pero tras el andamiaje de lo efímero y banal late siempre el sarcasmo -que no es más que la reacción del escéptico ante el exceso de lo real- y, sobre todo, ese pozo de búsqueda y de insatisfacción que seguramente es la clave de comprensión de este gran escritor. ¿Cómo entender si no el estúpido capítulo sexto, dedicado a la inspiración y plagado de frases certeras y luminosas, o el noveno, de carácter neta y cómicamente teológico?

El arte desde el arte

La plasticidad del estilo de Huxley -lo que hace de él un artista- es notable en *Los escándalos*: «Un peinado muy alto y lleno de complicación y que ofrecía un tono anaranjado inverosímil», escribe, por ejemplo. Huxley incita a releer sus frases. Y se ríe de sí mismo, inmisericorde, cuando uno de sus personajes afirma: «En cuanto al artista, se preocupa siempre por unos problemas tan en absoluto diferentes de los del adulto común...». Quien es capaz de reírse de sí, quien pone en tela de juicio el sentido del arte desde el arte mismo, es ciertamente alguien a quien tomar en consideración.

Sin embargo, leyendo a Huxley me he sentido en ocasiones un auténtico enano de las letras; y es que Huxley era un superdotado -como lo demuestra en casi todos sus libros-, y con los superdotados, ya se sabe, todos los demás parecemos seres insignificantes. ¿Hay que ser un



HUXLEY RIE MEJOR

MI TÍO SPENCER

ALDOUS HUXLEY

Traducción de
Fernando Calleja Gutiérrez
Ediciones del Viento
La Coruña, 2012
255 páginas, 12,50 euros

★★★★★



superdotado para ser un gran escritor? ¿Todos los grandes escritores han sido superdotados? No, no lo creo. Podría dar muchos ejemplos de escritores tan superdotados como Huxley, pero también de algunos cuya aportación, sin esta apabullante superdotación, resulta de mayor interés.

Pongamos entre estos últimos a Murakami, uno de mis autores favoritos. El efecto que la lectura de sus libros produce en mí es la contraria a la que me suscitan los de Huxley. Leyendo *1Q84*, por ejemplo, o la *Crónica del pájaro que da cuerda al mun-*

do, yo no me siento inferior ni humillado, sino algo así como su hermano literario y, por ende, estimulado. Admiro a Murakami mucho más que a Huxley porque mientras que el primero me invita al mundo del arte como quien convida a una fiesta -la del sentido, los sentidos, las dos en una-, el otro me expulsa de este convite y, para colmo, se ríe de mí. Yo, al menos, escucho esa sorda carcajada de Huxley desde su tumba o desde su olimpo, allí donde esté. Salvando las distancias que convenga salvar, uno puede pensar que no es imposible escribir libros tan bonitos

como los de este *best seller* japonés: tan vivos e intensos, tan fantasiosos, imaginativos, raros y profundos.

Con Kundera pasa algo parecido: piensa el lector que escribir no es difícil, que todo es ponerse. Por eso tienen Murakami y Kundera tantos lectores: porque en todo verdadero lector hay un escritor potencial. Hay escritores que parecen haber venido a este mundo para decir a sus lectores: «Tú también puede ser escritor». Esos escritores son los únicos necesarios. Narrativamente, recuerdan a los hombres su verdadera condición: su insatisfacción permanente, su permanente posibilidad de humanización.

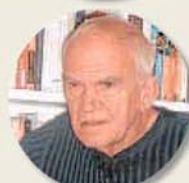
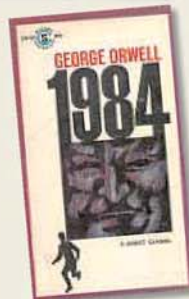
Todo lo hace bien

Claro que también es bueno que existan escritores como Huxley. Yo no digo que no sean escritores. Y, naturalmente, tendré que justificar aquí por qué me parece tan superdotado. Lo diré sin ambages: todo lo hace bien. Las ideas que tiene son buenas; los desarrollos, inesperados; los personajes están muy bien trazados y hay algunos inolvidables; la sintaxis es perfecta, perfecta es la palabra -nada que añadir ni que quitar-; el vocabulario es rico y culto, pero no sobrecargado; se encuentran los diálogos justos para que la acción tenga vida; frases cortas o largas según corresponde; un velado y permanente humor; lo que es imprescindible; alguna imagen lírica que tiñe el conjunto de la justa profundidad; amargura y esperanza; tinieblas y luminosidad o, al menos, apuntes de luminosidad. No creo, francamente, que pueda pedirse mucho más.

Hay veces que todo esto está tan bien ensamblado que funciona de maravilla, como en los cuentos «El sombrero mejicano» o «El pequeño Arquímedes», que son historias que no creo que puedan olvidarse fácilmente. Pero otras veces el engranaje se atasca y, aunque el resultado es correcto, la narración no llega a conmovir o a emocionar.

Por mi parte no leeré a Huxley mucho más: prefiero ser estimulado a que me humillen o expulsen de la fiesta. Además, los escritores hemos venido a este mundo no a deslumbrar, sino a alumbrar, que buena falta hace en medio de tanta oscuridad.

PABLO D'ORS



«1984»
es el título más
conocido de Huxley.
Arriba, Murakami y
Kundera, autores a la
altura del autor de
«Mi tío Spencer»